

BUNJIN EL ESTILO DE LOS ERUDITOS



Foto 1.

Un artículo de la
Fuji Kyookai Bonsái
En España

bajo la supervisión de

Massimo Bandera (Italia)

“Olvida el espectáculo y mira al Nô; olvida el Nô y mira al actor; olvida al actor y mira la idea; olvida la idea y entenderás el Nô”

Extraído de “El libro de la crítica” – Zeami (1363-1443) (1)

Bunjín en japonés quiere decir “hombres de arte y literatura”, por lo que en su acepción más correcta “bunjín bonsái” son los bonsái apreciados por los bunjín, y no deben por tanto considerarse como un auténtico estilo sino más bien como un modo de hacer bonsái. Para no comenzar este artículo reavivando la vieja polémica del bunjín como “estilo” o como “modo de hacer bonsái” lo hemos titulado “BUNJIN – El estilo de los eruditos”, para que conviva la doble interpretación, una más material de “estilo” de formación bonsái, dentro de una clasificación, sobre todo didáctica, y otra más espiritual de “estilo” como modo de hacer o como manera de vivir.

En cualquier caso, por encima de la discusión entre “estilo” y “modo”, lo que no puede negarse es que ante el bunjín nos encontramos, dentro del arte bonsái, frente al máximo refinamiento estético, que se aparta del preciosismo importado de China y de las férreas formas imperiales y militares, propias del mundo japonés.

Este elevadísimo nivel de refinamiento solo se puede interpretar desde la espiritualidad, hablando, como ya hizo Zeami en el medioevo japonés, de arte como forma superior de conocimiento, capaz de conseguir fundirnos con aquello que contemplamos. En la Fuji Kyookai Bonsái creemos que para llegar a comprender el hondo significado del término bunjín hay que seguir un camino formal en el aprendizaje (basado sobre todo en las relaciones maestro-alumnos, como vía de transmisión del conocimiento); un recorrido que permita la propia evolución personal que imprimirá a la obra un carácter cada vez más delicado, ágil, desenvuelto, agudo, elegante y no forzado, hasta llegar a la verdadera alma bunjín, sin que “llegar” se considere en ningún caso una meta, sino un paso más.

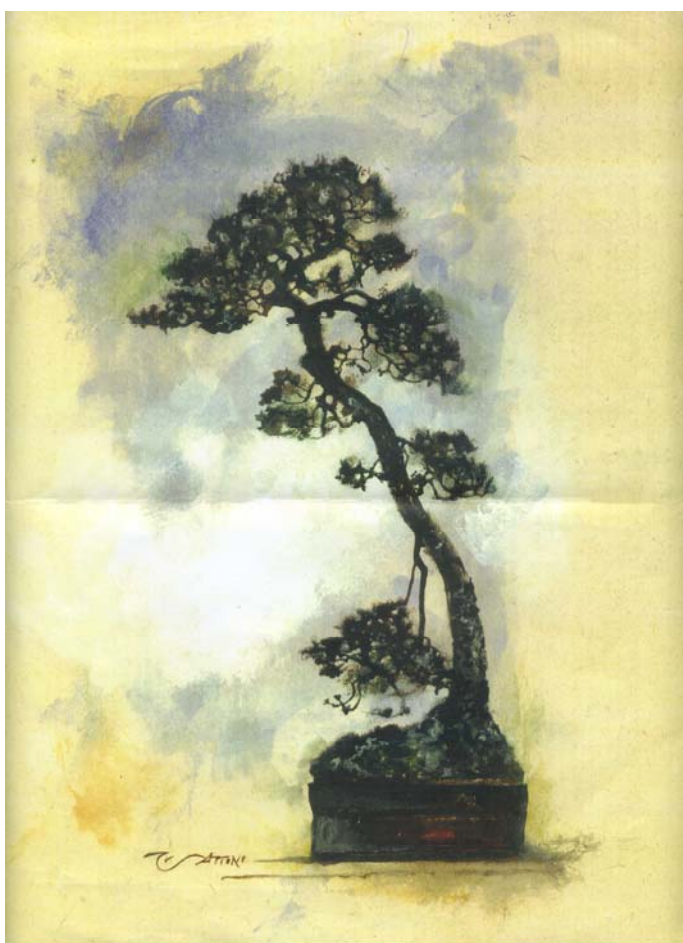
Sentimos que al hablar de bunjín no poder dar, a quienes pacientemente nos leen, reglas o normas a seguir para el modelado de árboles de una determinada forma ya que, tal y como lo entendemos en la FKB, es la expresión de un sentimiento que hunde sus raíces en la profundidad del sustrato cultural y espiritual japonés, tanto que para muchos japoneses el bunjín bonsái sea el único hijo de la estética zen.

Comenzaremos nuestro estudio desde una perspectiva histórica, remontándonos a sus orígenes, a la China taoísta, donde muchos ilustrados huyeron de la gloria y de la riqueza; personas refinadas, inteligentes, amantes de la lectura y de la cultura, pintores, calígrafos, y poseedores de buen gusto. Su deseo de no contagiarse de la mundaneidad les hizo retirarse de la vida pública, siendo atraídos por la vida eremítica. Fueron además personas poseedoras

de un fuerte sentimiento poético. En China, la edad de oro para esta forma de ser va de los siglos X al XII (dinastía Sung).

Como homenaje y reflejo de este sentido de recogimiento y erudición, el bunjín bonsái no debe ser llamativo sino noble de espíritu; pequeño en lo material, pero grande espiritualmente.

Las relaciones con el continente hacen que en Japón también se desarrollase el espíritu bunjín, pero a diferencia de lo ocurrido en China, la reverencia del pueblo japonés a la naturaleza, muy relacionada con las antiguas creencias animistas, lo hace diferente a cualquier otra tendencia cultural en la historia de la humanidad. Como dijo el Dr. Iván Morris: "El culto a la belleza de la Naturaleza – Shizen no bi – es la contribución más grande de la cultura de Japón al mundo". (2). También en el centro de la actitud vital japonesa se encuentra el aprecio por la belleza simple, algo que enriquece el sentido del bunjín japonés.



No queremos dar a entender, al hablar de características culturales japonesas diferentes, de la presencia de una actitud de contraste entre las culturas china y japonesa, sino la existencia de una sensibilidad propia japonesa que recibe y se funde con la impresionante cultura continental, produciéndose un sincretismo con fuerte presencia del confucianismo, taoísmo y budismo. Este crisol de raíces espirituales del pueblo japonés representa, además de una evidente realidad estética única, una especial forma de ser, que en el bonsái se intensifica en el bunjín con su pequeña corporeidad, pero con su intenso sentimiento de la fusión del hombre con la naturaleza y de la belleza simple, la belleza del "quitar" que evoca la fugacidad de la vida y la tendencia a lo irregular, inacabado e indeterminado. Como dice Susumo Sudô: "No se puede entender el bonsái excluyendo los elementos ideológicos chinos".

Dibujo 1. El dibujo muestra el famoso bunjín de pentaphilla, muerto en los años 90, que ha sido considerado el más bello que nunca haya existido.

Naturaleza, evocación, fugacidad e irregular, inacabado e indeterminado son valores que ya señaló *Yoshida Kenkô*, monje ermitaño del siglo XIV, en su obra *Tsurezuregusa* (Ocurrencias de un ocioso) (3)

También el bonsái bunjín es un claro ejemplo de la visión japonesa del tiempo, con la fuerza del aquí y el ahora, sin que existan metas ni un progreso lineal hacia el futuro desde un pasado. El tiempo no existe (ésta es una máxima que repetimos una y otra vez en bonsái) por lo que la ceremonia del té, la representación de teatro *Nô* o el *mochikomi* (pegar el tiempo a la cosa) bonsái no tienen la dureza del concepto "interminable" occidental, ni el *haiku* se considera solo un instante fugaz.

Otra de las características de la cultura japonesa a lo largo de su historia ha sido el gusto por lo fantástico, por lo simbólico; gusto que se mezcla y confunde con la realidad en numerosas artes como la pintura, la poesía o el teatro Nô. Algo que puede ser una vía de escape para un pueblo sometido a una terrible jerarquía social y a una rígida estructura de valores morales. El bunjín es también la máxima representación de lo fantástico y simbólico en el arte bonsái.

Pero la mayor influencia sobre la cultura y el pensamiento japonés desde el *bakufu* (4) de *Kamakura* hasta nuestros días ha sido sin lugar a dudas el zen.

El zen, con un sentido más religioso en la época *Kamakura*, deviene más cultural y artístico en la época *Muromachi*. Surgen algunos pintores imbuidos del espíritu bunjín, alguno tan excepcional como *Sesshû*, hasta el punto de que el arte llega a convertirse en un modo de vivir, con valores estéticos muy particulares. Es decir, el sentimiento religioso ya no se reduce a una esfera de la vida sino que se encuentra por todas partes, conformando una actitud vital propia del pueblo japonés, donde cada manifestación artística no es solo una expresión refinada de su cultura, sino que se convierte en una vía para el perfeccionamiento interior: Ya dice *Watts*: "Cada "Do" era un método laico de aprender los principios encarnados en el taoísmo, el zen y el confucianismo". (5)

Hablábamos al principio de que para muchos japoneses el bunjín bonsái sea el único hijo de la estética zen. Para conocer un poco mejor el bunjín no podemos obviar que quizás la manifestación más elevada dentro de dicha estética sea el *CHA-NO-YU*, conocido en Occidente como Ceremonia del Té. Es muy probable que quienes la practicasen en aquellas épocas del medioevo japonés (finales del período *Heian* y épocas *Kamakura* y *Muromachi* sobre todo) fuesen personas muy ilustradas, dotadas de un alto nivel cultural y espiritual. No es de extrañar que para esas personas el bonsái que reflejase mejor su experiencia vital fuese el bunjín.

Dice *Suzuki* (6): "El arte del té es la expresión estética de una simplicidad original". La búsqueda de la belleza del vacío, es decir de la simplificación, es la belleza bunjín, que es típica del Japón, pertenece al gusto zen y culmina realizando en la figura del bonsái esta característica. El bunjín debe recrear la belleza serena de la simplicidad siendo ligero, delgado, suave, ocultando a primera vista la fuerza invisible y mística de la naturaleza: la VIDA. Así, dentro del *tokonoma*, el bonsái bunjín pese a su pequeñez material, crece en su inmensidad cósmica, llenando todos los espacios con sus vacíos.

Esta fuerza no se ve, no se expresa, pero es el fundamento de la naturaleza. Un ejemplo que aclara tal concepto es el siguiente: "...Un campo en invierno está recubierto de nieve, el hielo lo vuelve todo inmóvil y el gris y el blanco hace estremecerse... parece todo muerto... pero en realidad, bajo la nieve, en la tierra hay una semilla... ¡es la VIDA!".



Foto 2. "El Monje". Colección privada. España.

El espíritu de la ceremonia del té, con la presencia de la armonía (*wa*), reverencia (*kei*), pureza (*sei*) y tranquilidad (*jaku*), debe estar también presente en el bunjín.

La armonía (*wa*) del bunjín pasa por la difícil conjunción entre la fuerza encerrada en su interior, delicada y elegante, pero también misteriosa y profunda, con el aspecto exterior, no como representación de la naturaleza sino del proceso creador de la misma. Conjunción capaz de sobrecoger al observador. Es interesante la analogía con tres conceptos fundamentales contenidos en los escritos de Zeami: *hana*, *monomane* y *yugen*: manifestar correctamente la apariencia física (*monomane*) con la belleza elegante interior (*yugen*) es el arte de un verdadero actor de Nô, que así, mediante su interpretación escénica ante el espectador, será capaz de hacer brotar la flor (*hana*). (7)

La reverencia (*kei*) como principio inspirador del *CHANOYU*, y por ende, del bunjín, la entenderemos no en su interpretación religiosa (reverencia a un Ser superior) ni como formalismo social. El bunjín con su pequeñez material y su inmensidad interior nos transmite la reflexión sobre nuestras propias limitaciones, no solo físicas, sino también intelectuales, morales y espirituales. La desnudez física del bunjín es reverente, mostrándonos sin artificios la sinceridad del corazón.

La pureza (*sei*) es una contribución de la mentalidad japonesa. El bunjín debe reflejar la limpieza (*MIYABI*) material, valor estético presente desde el período *Heian*, con el objeto de liberar la mente de las impurezas de los sentidos. Hablar de pureza referida al bunjín es hablar de la lucha contra la contaminación, no tanto física como de los sentidos, es decir la huída de la manipulación y del artificio. Muchas veces se traduce bunjín como el “estilo libre”, entendiendo “libre” simplemente como actuar por encima de normas y formalidades cuando, y quizás más importante, “libre” recoge este gran valor que es la pureza.

Pureza y simplicidad nos llevan a que para hacer bunjín es importante conocer el concepto de la belleza del vacío. El vacío es bello porque permite a cada uno completar lo incompleto. El bunjín debe encontrar el espacio en el vacío sin romperlo, sugiriendo más que mostrando.

Generalmente cuando en bonsái se habla de “tranquilidad” estética, ésta se relaciona con un sentimiento de supervivencia, de que la VIDA esta a salvo. Desde una visión naturalista, el bunjín es la representación de la etapa final de la vida del árbol, algo que podría comprometer la idea anteriormente mencionada de la tranquilidad. Pero cuando hablamos de tranquilidad (*jaku*) lo hacemos como cualidad espiritual, no meramente física o mental.

El bonsái bunjín es el que magnifica la tranquilidad (*jaku*) que conlleva la contemplación estética de la pobreza, algo que los eruditos hombres de té llamaron *wabi* o *sabi*. El bunjín es la imagen de la dedicación de la vida al logro de un nivel superior, donde la cercanía del final físico no es causa de intranquilidad sino de la plenitud que se alcanza contemplando el mundo ordinario como si ya no se estuviese en él.

Quizás el intentar exponer el bunjín como la máxima representación en el bonsái de tantos valores culturales y de tantos sentimientos humanos sea hacer una montaña de un grano de arena, pero como dice un antiguo proverbio: El Universo se encierra en un grano de arena, y nunca hay que dejar de disfrutar al hacer bonsái, por muy complicado y rebuscado que parezca a veces. El camino imposible que recorreremos en nuestra escuela, dentro de una vanguardia imposible, disfruta de paisajes que muestran tradición y modernidad, Oriente y Europa, sin otras pretensiones.

Parfraseando la nota de Zeami con la que comenzamos:

“Olvida las normas y mira el bonsái; olvida el bonsái y mira el bunjín; olvida el bonsái y mira el espíritu; olvida el espíritu y comprenderás el bonsái”.

- (1) Citado por Arthur Waley en *The Nô Plays of Japan*. Londres, 1950.
- (2) Ivan Morris (1925-1978) fue un autor y profesor británico en el campo de estudios japoneses.
- (3) Kenkô, Yoshida. *Tsurezuregusa. Ocurrencias de un ocioso*. Ed. Hiparión. Madrid. 1986
- (4) *Bakufu: El gobierno de las tiendas de campaña*
- (5) Watts, Alan (1915-1973). *El Camino del Zen*. Ed. Edhasa. Barcelona. 2003
- (6) Suzuki, Daisetz T. *El Zen y la Cultura Japonesa*. Ed. Paidós. Barcelona. 1996
- (7) Rubiera, Javier e Hidehito Higashitani. *Zeami. Fushikaden. Tratado sobre la práctica del teatro Nô y cuatro dramas Nô*. Ed. Trotta. Madrid. 1999.